

## Anécdotas de José Engling

En esa mañana, cuando el batallón llegaba a sus cuarteles, salió José en busca del capellán del ejército. En el Casino supo que el Padre, Conde de Koth, estaba en la vecindad con el Regimiento 17. Se encaminó rápidamente y allí lo encontró. Le pidió que fuera al Regimiento 25 para que dijera Misa, pero infortunadamente el Padre había sido llamado para otro lugar aquella tarde, lugar que se encontraba a unas dos horas de caminata de su regimiento. “Muy bien”, dijo José, “nos encontraremos allí”.

A su vuelta fue invitando a sus compañeros católicos: “Pero Engling”, decían ellos, “recién hemos salido francos ( de días libre), estamos completamente agotados y queremos descansar totalmente; dos horas de camino es demasiado para nuestros apaleados huesos”. Sin embargo, José no desmayaba y logró reunir un grupito de 8 fervientes caminantes, formado por dos schoenstattianos, Nicolás Gilgenbeach, Kunibert Riedinger, él y tres más. Consiguió del Sargento 1º el deseado permiso para todos.

Durante el viaje, sin que se notara, iba de uno al otro, preguntándoles si irían a recibir la Santa Comunión. Algunos tenían sus dudas, pues sin confesarse primero era imposible, pero José supo cómo tranquilizarlos; les iba a conseguir la absolución general. Pero a Kunibert Riedinger le aconsejó que en alguna oportunidad no dejara de hacer una confesión general y personal. Este le contestó que lo pensaría nuevamente. José se sentía muy dichoso de poder recibir la Santa Comunión, lo que hizo con una devoción y ternura como rara vez lo había hecho en su vida.

Después de la Misa buscó al Capellán y le pidió que fuera pronto al grupo 25. “El próximo domingo iré a officiar la tan deseada Misa”, le respondió el Conde de Koth. Con esto, José volvió completamente tranquilo. El domingo en la mañana, antes de la Misa, el Capellán tuvo que confesar largo tiempo. También José se hallaba en la fila y tras él, Kunibert Riedinger. Este, decidido a hacer un gran cambio en su vida, se había armado de todo su valor. Pero José debía antes ayudarlo un poquito y darle más ánimo. Después de la Confesión, Riedinger se sintió sumamente feliz y como un hombre nuevo. La Misa, como siempre, estuvo muy concurrida y José hizo las veces de acólito.

Durante la Misa, el aire estaba lleno de una música extraña. Los cañones ingleses disparaban continuamente pesados proyectiles que caían tras ellos en la zona alemana. Era una música imposible de acompañar. De pronto en medio del silencio de la Misa, se oye una excitada voz: “¡Atención, cubrirse!”. En un abrir y cerrar de ojos, no quedó nadie de los que momentos antes rodeaban el altar. Casi a unos 10 metros de allí, cayó un proyectil que levantó una inmensa columna de tierra. Un momento después retornaron los asustados fieles a sus lugares. Allí estaban como antes, el Padre frente al altar y a su lado su fiel acólito; ambos no se habían inquietado y continuaban con toda tranquilidad.

Sus pensamientos retrocedieron a los días en que había estado en Schoenstatt y a los ideales que allí había conocido. Se acordó de aquellos con quienes se sentía tan unido, formando una gran familia, especialmente del Padre Espiritual. Pensaba en la gran misión a la que estaban llamados. En todo veía la mano de la Madre de Dios, que lo colmaba de Gracias. ¡Cuánto tenía que agradecerle! Todo lo grande y bello de su vida era un regalo de su Bondad. Si sólo supiese cómo mostrarle su adhesión y entrega! Quería darse por completo a la magnífica idea de la Congregación y hasta daría su vida si fuese necesario, sacrificándose en el campo de batalla.

Sí, estaría muy conforme si al otro lado un inglés llegase a colocar una granada en el cañón y le quitase la vida. ¿Estaba bien el ofrecerse de esta manera por la causa de la Madre de Dios?

Volvió a acordarse de los muertos, imagen que había llevado siempre en sus pensamientos. Sus ojos volvían a ver a los mutilados que había protegido y llevado al lugar de primeros auxilios. El mismo quería sufrir todo eso, si al ofrecer su vida a la Madre de Dios, pudiera servirla de algo. Su corazón se elevó hasta Ella, y le hizo entrega de sí mismo: “Si es Tú voluntad, has que me sacrifique para tu fin, que es el mismo que has impuesto a nuestra Congregación”. Estaba escrito en el Cielo que así fuera, pero antes debía pasar por otras pruebas muy duras.

Un día le escribió a su P. Espiritual: “Hoy voy a tener una renovación espiritual. Para esto, me he acordado de mi Congregación, en el tiempo pasado en Schoenstatt y en la promesa hecha a la Madrecita. Hace algunos días, mientras me encontraba en gran peligro, me trasladé espiritualmente al Santuario y recé como siempre a la Madrecita. Me sentí tan unido a Ella, como nunca lo había estado en mi vida. Su cercanía me pareció tan dulce y amorosa, que no volví a sentir el menor miedo ante las granadas. Me hubiese gustado quedarme en ese estado para siempre, Cuán bella y noble, cuán amorosa y llena de confianza es nuestra querida Mater Ter Admirabilis. Muchas veces me siento con un gran anhelo de estar vinculado a Su Reverencia y a mis camaradas congregantes.

II- Cuando estaba en Hangenau (en el cuartel de reclutas) tenía una relación muy profunda a la Mater. Allí escribió lo siguiente: “Querida madrecita: acabo de leer las líneas que me has hecho llegar a través de la revista MTA (Mater Ter Admirabilis). ¡Son realmente tus palabras! Pese a que me dominan la sequedad y la aridez, me han llegado profundamente y han sacudido lo más íntimo de mi ser. Por amor a Tí voy a trabajar con más energía en mi formación. Para tí nada, absolutamente nada me será demasiado difícil, ni siquiera lo más difícil. Que toda mi vida esté dominada por el pensamiento: Soy enteramente tuyo. Entonces seré feliz. No he cumplido bien mi EP (examen particular). Pero perdóname, querida Madrecita, me he esforzado”.

En un retiro en Schoenstatt después de volver del frente escribía: “Hoy 29 de mayo estoy haciendo retiro. Recordé mi primer entusiasmo por la Congregación, el tiempo pasado en Schoenstatt y prometí a la Madrecita volver a ser tan entusiasta como en aquel entonces. Hace algunos días, mientras las granadas caían a derecha e izquierda, recé a mi querida Madrecita, como de costumbre, trasladándome espiritualmente al santuario. Entonces me sentí tan unido a Ella como nunca antes en mi vida. Su cercanía me pareció tan dulce y amorosa que no volví a sentir el menor miedo ante las granadas. Fue un estado de felicidad en el que me hubiese gustado quedarme para siempre. ¡Qué bella y grande, qué amorosa y cómo inspira confianza nuestra querida MTA! ¡Cuántas veces tengo una nostalgia tan grande por el Santuario, por Ud. y los queridos Congregantes!”.

“Esa tarde llegó un soldado de la compañía y saltó adentro de la trinchera donde estaba José con un compañero. “Tú, Kofel”, dijo, “fuiste destinado para la patrulla nocturna. A las 8 de la noche tienes que presentarte con el comandante”. Ni bien terminó de decir esto volvió rápidamente al lugar de donde había sido enviado. El soldado Kofel se había quedado mudo al recibir la orden. Era uno de los de más edad de la compañía. Estaba casado y tenía varios hijos. La patrulla podía significar para él la muerte. Una lágrima corrió por sus mejillas. Estaba perdido en sus pensamientos como ausente, recordando a sus seres queridos y despidiéndose quizás espiritualmente de ellos. José lo observaba y se daba cuenta del profundo dolor en que estaba sumergido. En silencio tomó una decisión. Cuando su camarada Kofel se levantó para prepararse a partir, José lo detuvo y sencillamente le dijo: **“Quédate acá, camarada, yo voy por tí”**. Esa noche José lo reemplazó en la patrulla”.

“Al suboficial Thalofer le inquietaba fuertemente una pregunta aquella tarde: ¿a quién enviaría abuscar la comida del regimiento? Todo el día había sonado la artillería pesada enemiga martillando las filas alemanas; las bombas caían a diestra y siniestra; la tropa estaba exhausta, acabada. Los días anteriores había ordenado sencillamente a algunos soldados que fueran a buscar el “rancho”. Esta vez quería cambiar. Corrió al primer agujero abierto por una granada donde había alguno de sus hombres y preguntó: ¿quién se anota como voluntario para ir a buscar la comida?. “¡Voluntarios?” respondió uno, “ni por todo el oro del mundo voy a intentar pasar por esa cortina infernal de fuego. Corrió a otra improvisada trinchera e hizo la misma pregunta. Silencio. De pronto alguien dice: “Bien, yo iré”. Es José. Algunos camaradas se animan y lo acompañan. Con las cacerolas colgando se encaminan hacia el pueblo de Calonne. Debían cruzar por allí hasta los “cañones de gulasch” como se llamaba en la jerga militar a las cocinas de campaña.

El pueblo estaba continuamente bajo bombardeo. La noche anterior habían caído según algunos cálculos rápidos unas 2.500 bombas. Aquí y allá había soldados muertos, casas en ruinas incendiadas. Corrían unos metros, luego se agazapaban o se pegaban a la pared para no ser vistos, para luego volver a correr. La parte más peligrosa era un cruce de carretera descubierto. Llegaron sudando. De pronto José olfateó el aire y se dio cuenta del peligro mortal que corrían. “Gas”, exclamó. Cada uno se puso rápidamente las máscaras antigás. Volvieron a correr y pronto estuvieron en las líneas de retaguardia. Allí les esperaba una sorpresa. Al llegar a los “cañones de gulasch” les dice el oficial encargado: “Ustedes no pertenecen a esta división. Las cocinas de campaña de su compañía se encuentra a algunos kilómetros de aquí”. No hay tiempo para discutir. Se hacen explicar bien donde están ubicadas y emprenden la marcha. Pronto llegan a destino. Con las cacerolas llenas emprenden el regreso. Este es más trabajoso y lento. Para colmo los ingleses se han dado cuenta de esta excursión nocturna y con una ametralladora molestan peligrosamente a José y sus compañeros. De pronto trastabilla y una de las cacerolas se vuelca derramando el precioso líquido. Poco después otra corre una suerte semejante. Al final agotados llegan a la compañía. Los compañeros en vez de alegrarse se enojan y se quejan de que haya perdido comida. “¡Qué tonto que fuiste! ¡Sos un inútil!. Le dicen. José se queda pensativo. De pronto se le ilumina el semblante al acordarse de algo. A la carrera vuelve al pueblo de Calonne. Allí hurguetea entre los soldados caídos y encuentra sus raciones de comida todavía intacta. Además revisa algunas casas que habitaron las tropas inglesas y descubre corned beef. Con el precioso otín en la mano vuelve y se los da a los quejosos. Estos quedan estupefactos, no pueden hablar. Con razón decía 20 años más tarde el suboficial Thalofer: “Engling fue el mejor hombre de mi regimiento”.